

Vigésimo Noveno Domingo del Tiempo Ordinario A2020

Quiero comenzar esta homilía refiriéndome a las elecciones generales. Este período del año es una oportunidad que Dios nos da para descubrir nuevamente nuestra identidad cristiana y redefinir nuestras obligaciones civiles como ciudadanos de nuestro país.

Una pregunta a hacer aquí es la siguiente: ¿Quiénes somos? Fácilmente, podríamos decir que somos cristianos, católicos, es decir, personas que pertenecen a Dios y a su Reino a través de nuestra fe en Jesucristo en la Iglesia católica. Pero, también somos ciudadanos de este país al que pertenecemos, en el que vivimos y practicamos esta fe en Jesucristo.

Decir así significa que cada uno de nosotros tiene una doble identidad. Ambos somos ciudadanos del reino de Dios y, al mismo tiempo, ciudadanos de nuestro país. Una de las consecuencias de esta doble pertenencia es que la historia humana, con la que nuestro país está relacionado y que es secular en sí misma, se convierte en el teatro de la acción misteriosa de Dios y, a través de ella, Dios nos toca.

Esta idea es el punto principal de la primera lectura de hoy. Para entender mejor este texto, es bueno recordar la historia de Israel. Si pudiera resumir la historia de Israel en pocas palabras, diría que la suya es una historia de exiliados, uno tras otro, hasta el holocausto.

El período relacionado con la primera lectura es cuando Israel estaba bajo el dominio de los babilonios (hoy Irak). En ese momento, como los babilonios habían dominado Israel durante muchos años, el rey Ciro de Persia (hoy Irán) lanzó una guerra contra los babilonios y los derrotó. Esa derrota de los babilonios beneficiará a Israel porque el nuevo Rey dará libertad a los israelitas sometidos para que regresen a su tierra de origen.

El profeta Isaías interpreta lo que pasaba como siguiendo el plan de Dios. Para él, aunque Ciro era pagano y no conocía a Dios, Dios lo usó como su instrumento para dar libertad a su pueblo. Por lo tanto, fue la mano de Dios la que llevó a Ciro a la victoria y, a través de él, le dio paz y prosperidad a su pueblo.

En otras palabras, Dios es el maestro de la historia. Su mano invisible está detrás de la historia humana. Dirige todos los eventos que ocurren en el mundo de acuerdo con su plan. Esto nos ayuda a comprender lo que dice san Pablo en Romanos 8, 25: "Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman".

En este sentido, Dios puede usar a cualquier persona e incluso a un gobierno pagano para lograr un bien para sus seres queridos. Esto también significa que existe una relación entre religión y política. Dios se interesa por lo que sucede en el mundo y guía los acontecimientos de la historia para que todo conduzca al bien y la felicidad de su pueblo.

Todo esto nos ayuda a comprender la notable respuesta de Jesús a la pregunta que le hicieron los fariseos, si era lícito o no pagar el impuesto al emperador. Ese fue un verdadero dilema. Si Jesús dijo "no", se le habría acusado de negar la autoridad del emperador. Si hubiera dicho "sí", habría sido acusado de colaborar con los romanos al rechazar al Dios de Israel. Su respuesta, "Paga al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", fue la única forma de acabar con ese dilema.

Con esta respuesta, Jesús quiso decir un par de cosas. Primero, cada cristiano tiene una doble ciudadanía. Por eso, existen obligaciones sociales y responsabilidades civiles que cada cristiano debe cumplir por el bien de su país. Sería una señal de descortesía que no pagar el impuesto al gobierno y cumplir con los deberes civiles.

Segundo, como cristianos, también somos ciudadanos del Reino de Dios. Hay asuntos que requieren nuestra responsabilidad bajo la guía de Dios. Nunca podemos evitar cumplir con nuestras obligaciones religiosas. Como le debemos mucho a nuestro gobierno en términos de deberes y obligaciones, tenemos las mismas obligaciones hacia Dios y la Iglesia. Tenemos que reconocer este hecho y actuar en consecuencia.

En términos de respeto a la vida humana y su dignidad, significa que si la moneda lleva la imagen de César, el hombre que posea la moneda lleva la imagen de Dios, su creador. Entonces, cada vida humana es sagrada porque es un don de Dios y porque el hombre es creado a imagen de Dios. Por lo tanto, no se puede tirar la vida humana como lo hacemos con la basura. Cada vida humana es sagrada y debe ser protegida, desde los no nacidos, los discapacitados hasta las personas inocentes que mueren en las guerras.

Aquí cabe una pregunta. ¿Hay un conflicto entre nuestras obligaciones religiosas y políticas? A veces sí. En tal caso, siempre se debe dar prioridad a Dios, que es el maestro de la historia y de todo lo que sucede en el mundo y en nuestras vidas. Tenemos que obedecer a Dios antes que a los seres humanos. Sin embargo, en caso de duda sobre lo que es correcto hacer; tenemos que seguir nuestra conciencia como nuestro juez supremo.

Además, como tenemos una doble ciudadanía, nuestra fe no se puede vivir de una manera que no esté relacionada con la realidad de este mundo. No se puede practicar en secreto ni quedar fuera de las decisiones importantes que tomemos en nuestra vida. Nuestra fe debe afectar toda nuestra vida, incluidas las cosas que hacemos a diario. Sin embargo, una cosa es dejar que nuestra fe nos oriente en la decisión a tomar en la vida y otra es caer en el extremismo religioso perdiendo de vista el equilibrio y el discernimiento que tenemos que traer. Los musulmanes, por carecer de este equilibrio, matan a cualquiera que no cree en su Dios. Esto no debería ser el caso con los cristianos.

Cuando Jesús recomienda dar al César lo que es suyo y a Dios su parte, está estableciendo la separación entre el Estado y la Iglesia. También está estableciendo el principio del equilibrio y el juicio correcto para ayudarnos a resolver los conflictos entre la fe y la política de manera que da gloria a Dios. Cualquier ceguera en este asunto ignora la prudencia y el discernimiento de Jesús que debe guiar nuestras acciones.

Este domingo se llama Domingo Mundial de las Misiones. Estamos invitados a orar y ayudar a la obra misionera de la Iglesia. San Pablo nos recuerda la importancia de los demás en el cumplimiento de la obra del Señor. En esta tarea nos necesitamos unos a otros y a nuestros diversos talentos y dones.

San Pablo encontró la fuerza para seguir trabajando con el apoyo de Silvano y Timoteo, sus compañeros de trabajo. En este tiempo nuestro, nuestra Iglesia necesita sus talentos y dedicación a la obra del Señor. Ser ciudadanos del cielo es preocuparnos por el crecimiento de la obra de Dios. Tenemos que trabajar juntos para la gloria de Dios mediante el poder del Espíritu Santo. Lo que cada uno puede aportar según sus talentos es siempre precioso a los ojos de nuestro Señor Jesús. ¡Que Dios los bendiga a todos por todo lo que hacen por la gloria de su nombre y su salvación eterna!

Isaías 45: 1, 4-6; 1 Tesalonicenses 1: 1-5b; Mateo 22: 15-21



Fecha de la Homilía: el 18 de Octubre, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20201018homilia.pdf